

Los criados se retiraron, y los dos amigos volvieron á quedar solos.

Miguel continuaba entre la espada y la pared, entre Javier y Magdalena; pero al fin tomó un partido, el partido de poner un plazo á su incertidumbre, y encontró esta respuesta evasiva :

— De todos modos hoy no es posible que me instale aquí; tengo que arreglar algunos asuntos..... mañana verémos.

No habia previsto Javier esta salida, y no vió en ella una excusa fundada; y como no perdía de vista el pensamiento de apartarlo de Magdalena, dedujo que era Magdalena la que se lo llevaba. Pensó inmediatamente que áun podia verla aquella tarde; que si no era fácil hablar de ventana á ventana, podia hacerse entender por señas, y sintió un terror indecible al ocurrírsele la idea de que un papel puede pasar de un punto á otro, de una ventana á otra con tal que haya una piedra discreta que lo lleve. Por donde va un papel puede venir otro, y á los primeros papeles que se cruzáran, el feliz plan de Matusalem,

que iba saliendo á pedir de boca, fracasaría sin remedio.

No era infundado el temor del hermano de la Marquesa, pues el peligro era inminente si Miguel y Magdalena llegaban á hablarse. Hasta entónces se habian contentado uno y otro con miradas y con sonrisas, en las cuales se decian mucho más de lo que hubieran podido decirse con las cuarenta mil voces del Diccionario, y ambos parecian complacidos en prolongar esa luna de miel de los amantes, en que todo se lo dicen sin pronunciar una palabra. Se veian, se miraban, se sonreian..... quizá esto no sea mucho..... pero, en fin, para ellos era todo.

Ademas, no tenian nada que decirse. Se adivinaban, que era mucho mejor que hablarse; era la realidad con todo el encanto de las ilusiones. Mas Miguel queria de algun modo poner én conocimiento de la hermosa vecina su inesperada fortuna, porque Magdalena habia de alegrarse al saberlo..... Y ¡qué ocasion tan á propósito para decirle que la habia aceptado pensando en ella!..... Pero, ya se ve, con miradas y con sonrisas

no es posible decirle á nadie: «Yo soy secretario de un gran señor.» Aquí, pues, estaba el peligro de que al fin Miguel rompiera el delicioso silencio en que uno y otro vivían adorándose.

Javier tomó su resolución para evitar semejante contingencia, y cogiendo una de las cartas que había encima del escritorio, se acercó á su secretario, diciendo:

—Oiga V. el contenido de esta carta que recibí ayer y que no sé cómo contestarla.

El secretario prestó toda la atención de que podía disponer en aquel momento, y Javier leyó lo que sigue:

«Querido hermano: En la imposibilidad de hablar contigo formalmente, apelo al recurso de escribirte con toda formalidad. Ya has cumplido treinta años, y me parece que si has de tener juicio alguna vez, ya es razón de que empieces á tenerlo. Comprendo que no quieras casarte, pero dilo con franqueza; tu prometida no se morirá de pena por eso, pero su familia se cree obligada á conservar el compromiso que contrajo con la nuestra, uniendo en vosotros tu ilustre tí-

tulo de duque con la inmensa fortuna de esa única y riquísima heredera. Su madre está descontenta de tu conducta, y ha hecho llegar á mí sus justas quejas, proponiéndome uno de estos dos términos: ó el matrimonio se verifica ántes de dos meses, ó queda roto el compromiso. Elige, pues: te doy tres días de término para que me contestes categóricamente y por escrito.

» Eres muy capaz de callar como un muerto, y en ese caso debo decirte que tomaré tu silencio por una negativa terminante. — Tu hermana, LUISA.»

Acabó de leer, y poniendo la carta en manos de su secretario, le preguntó:

—Vamos á ver, ¿qué se contesta á esto?

—Hay dos respuestas: sí ó no, contestó Miguel.

Si V. encontrara la manera de conservarme el compromiso evitándome por ahora el matrimonio, me hacia V. feliz; porque no quiero perder tan inmensa fortuna ni quiero casarme tan pronto: lo primero sería una locura, lo segundo una tontería.

—No sé cómo se puede salir de este pa-

so; mas por de pronto urge que le conteste usted á su hermana.

—Ya lo creo..... es preciso contestarle hoy mismo, porque mañana á las diez en punto termina el plazo de los tres dias, y mi señora hermana no retrocede nunca cuando una cosa se la pone entre ceja y ceja. Si mañana á las diez no tiene en su poder mi respuesta, me quita de una mano á otra doscientos mil duros lo ménos de renta segura, rompiendo el convenio..... Ea, un golpe de genio, mi querido secretario. Lo voy á dejar á V. solo con mi apuro..... á la noche nos veremos..... Es V. árbitro de mi suerte..... ahí le entrego á V. la mano de una mujer que me es indiferente, y una inmensa fortuna que no debo ver con indiferencia..... Haga V. de mí lo que V. quiera, porque firmaré lo que V. escriba.

Dicho esto se dirigió hácia la puerta que conducia á sus habitaciones; mas se volvió de pronto, exclamando:

—¡Ah!..... se me olvidaba..... en ese cajon del escritorio, cuya llave está puesta, tiene V. fondos para todo lo que se le ocurra.

Y sin más ceremonia desapareció por la puerta de escape, entrando en su cuarto resregándose las manos una contra otra, que es como solemos celebrar nuestras íntimas satisfacciones. Allí pidió un gaban, se envolvió en él, le pusieron el sombrero en la mano y salió de casa.

Al bajar la escalera se encontró con Matusalem, que subia al cuarto de la Marquesa, y al verlo abrió los brazos y se lanzó á su cuello exclamando:

—Querido amigo..... es V. un genio..... tiene V. más trastienda que Cavour, es V. un Meternich.

Aquel súbito abrazo estremeció á Matusalem, porque así solia abrazarlo Miguel; pero se tranquilizó, y dijo:

—Ya eso quiere decir que el pájaro ha caído.

—Cabal, añadió Javier; ya lo tengo en la jaula.

—Ahora, añadió Meternich, hay que cuidar de que no se escape.

—Me parece difícil..... ahí me lo dejo metido en un callejon sin salida.

—¿Y cómo, preguntó Matusalem, ha podido V. cazarlo en tan poco tiempo?

—Es historia larga, y ahora estoy de prisa.

Miguel permanecía de pié con la carta en la mano, buscando una respuesta, que, francamente, no era fácil encontrar..... Apoyado sobre el quicio de la ventana, con los ojos fijos en aquellos renglones de letra fina y menuda y de rasgos firmes, y rascándose unas veces la frente, mordiéndose otras veces las uñas..... descansando ya sobre un pié, ya sobre otro, agotaba los recursos de su ingenio inútilmente, y se desesperaba porque su amor propio tomaba una parte muy activa en la solución de aquel difícil problema.....

—Empecemos, dijo, y se sentó en el escritorio y tomó la pluma.

Quería acabar pronto, porque estaba próxima la hora en que todas las tardes veía á Magdalena.

El papel, blanco como la nieve y fino como la seda, timbrado con una corona de duque, esperaba la respuesta.

El secretario empezó á escribir rápidamente; pero al llegar al sexto renglon se detuvo, leyó lo escrito y rasgó el papel. Mientras pensaba otra respuesta más feliz, abrió con mano distraida el cajon del escritorio en que Javier habia dejado puesta la llave, y brilló ante sus ojos una nube resplandeciente de monedas de oro, y como si hubiera sentido un repentino deslumbramiento, apartó la mirada, y cerró el cajon de golpe.

Un segundo pliego de papel vino á ocupar el lugar del primero, y apareció en él la primera frase:

«Querida hermana:»

Despues escribió lo siguiente:

«Si te empeñas me casaré mañana mismo; pero ¿qué inconveniente hay en que espere-
mos un año más?..... Me induce á pedir este plazo tu misma carta..... En ella dices que mi hermosa prometida no se moriria de pena si yo renunciára á su mano. Esto es decir que no me ama; pues bien, que se me deje un año para que yo alcance su amor..... Me parece que no es posible ser más razonable. Haré todas las locuras que sean necesarias

para conquistar su corazón..... me batiré por ella..... ¿quieres más.....?»

Aquí se detuvo, interrumpido por una dulce melodía que debía sonar en el jardín, y que á pesar de los cristales penetraba en la estancia como el eco de una música lejana.

Prestó atento oído, y pudo distinguir entre el confuso rumor de las notas graves la frase arrebatada con que Leonor dice :

«Soy tuya, soy tuya.»

Entonces, sin soltar la pluma, se levantó, y acercándose á la ventana aplicó el oído á las juntas de los cristales, y conoció que una mano diestra preludiaba sobre las teclas de un piano misterioso el tercetto del *Trovador*, y advirtió que además de las notas siempre ásperas del piano, cantaba la voz siempre dulce de un órgano.

Escuchó con afán, agradablemente sorprendido, aquel canto apasionado, trémulo y enérgico, que llegaba allí sin decir de dónde venía, y siguiendo con su pensamiento el paso melodioso de las notas que temblaban en sus oídos, y marcando con los movimientos de su cabeza el compás, como si quisie-

ra tomar parte en el concierto, hacia de vez en cuando gestos expresivos, porque la melodía, ahogada por la distancia y por los cristales, no llegaba íntegra, y parecía dispuesto á no perder nota.

Recordó que en la habitación inmediata había salida al jardín, y maquinalmente se dirigió á ella. Halló una puerta de cristales, cerrada con un picaporte, la abrió y sus oídos se inundaron de música..... El órgano, con su voz más tierna, cantaba de nuevo :

«Soy tuya, soy tuya.»

Sin saber lo que hacía, ó por lo ménos sin pensar en ello, bajó los primeros peldaños de la escalinata de piedra que abría paso á las calles del jardín, y allí se paró, tratando de inquirir de qué punto venía la música. Acabó de bajar y tomó la calle que venía á morir á los piés mismos de la escalinata, y con pasos sordos y oído atento avanzó hasta la mitad de la calle, arrastrado por la armonía de aquel piano oculto y de aquel órgano invisible.

Desde allí vió dibujarse los contornos caprichosos de un pabellon medio oculto entre

las sombras de los copudos castaños, que lo circuían como una guardia de honor, llevando sus anchas hojas hasta las ojivas de las ventanas, como si quisieran cubrirlas, como si quisieran decir á las miradas indiscretas ó curiosas, que es lo mismo: «Aquí no se mira.»

De aquel pabellon salía la música, ó mejor dicho, se escapaba.

Miguel siguió avanzando de árbol en árbol, deteniéndose de vez en cuando para saborear la doble melodía del piano y del *armonium*, que seguían comunicándose, digámoslo así, sus pensamientos, quitándose la palabra de la boca, del mismo modo que lo hacen dos amigos íntimos que tienen muchas cosas que decirse.

Nuestro insigne secretario llegó hasta el pabellon, que se levantaba sobre la estufa, presentando una escalera que se derramaba como una cascada de mármol, desprendida desde la puerta hasta el jardín. La puerta estaba cerrada.

Miguel se acercó al pié de la escalera, pero no se atrevió á subir, aunque sintió la

más viva curiosidad por saber quién era el inspirado músico que hacia cantar de aquel modo al *armonium* y al piano, ocultos entre los árboles como dos ruiseñores.

Acabó el tercetto del *Trovador* y hubo un momento de silencio, mas pronto volvió á sonar el piano con un prelude maestro, de un gusto exquisito, anunciando el canto envidioso y enamorado de la bella romanza de contra-alto que todos sabemos de memoria aunque no hayamos oído más que una vez la *Sonámbula*, y cuya letra viene á empezar así:

« Todo es fiesta y alegría;
Sola yo soy la que lloro. »

Esta vez no fué el órgano el que cantó, fué la voz de una mujer la que hizo temblar el aire con las notas de la romanza..... pero ¡qué voz!..... como diría un músico..... ¡qué pasta de voz!..... ¡qué facilidad de garganta!..... ¡qué dulzura de inflexiones!..... las notas graves bajaban al corazón, las notas agudas subían hasta el alma.

Miguel, absorto, con la boca entreabierta, inmóvil y con los ojos clavados en la puerta del pabellon, sentía ese *escalofrío* que experimentamos cuando el entusiasmo empieza á estremecernos..... y poco á poco se fué acercando á la estufa, cuya altura midió con la vista, reconociendo que podía escalarla, y así lo hizo.

Una vez sobre el techo inclinado de la estufa, apoyado en la pared, se acercó lenta y silenciosamente á la ventana que caía sobre aquella parte del invernadero, y adelantó la cabeza. Llegaba con los hombros al alféizar de la ventana, los cristales estaban abiertos, y favorecido por la sombra de los castaños, que llevaban hasta allí sus espesas hojas, pudo lanzar la mirada ansiosa dentro de aquel pabellon encantado.

Al pronto no vió nada; pero acostumbrándose sus ojos al tono de luz suave que bañaba la estancia, vió al fin el piano, buscó las teclas, y vió correr sobre ellas una mano de blancura resplandeciente, de dedos redondos y afilados; y suspendiendo la respiracion se acercó más á la ventana y distinguió

una nube de rizos castaños, casi negros, la suave redondez de una mejilla más pálida que sonrosada, y nada más..... porque no se puede distinguir bien el semblante de la persona que vemos casi de espaldas; pero si no lo veia, lo adivinaba..... tan gentil cabeza, tan preciosa mano habian de corresponder necesariamente á un conjunto perfecto, y es claro, su imaginacion, con loca certidumbre, suponía todos los encantos que los ojos no alcanzaban á ver.

Como el tercetto acabó la romanza y volvió á quedar todo en silencio, y Miguel tuvo miedo de ser sorprendido; pero no podía huir sin exponerse á ser descubierto, no se atrevia á moverse temeroso de producir un ruido indiscreto que lo hubiera vendido.

Ella retiró las manos de las teclas, dando salida á un profundo suspiro, sacó el pañuelo, ocultó en él el semblante inclinando la cabeza, y quedó inmóvil. Miguel creyó que lloraba..... y le pareció indudable cuando poco despues advirtió que oprimía el pañuelo contra sus ojos, como si tratára de enjuagarlos.

De repente sacudió la cabeza y un tórrente de rizos cayó sobre sus hombros. En seguida abandonó el piano, dando completamente la espalda al absorto y curioso secretario, que no respiraba. Al levantarse, la imprudente falda del vestido descubrió un pié fino, pequeño, movable, cuyas formas graciosas no se escaparon á los ávidos ojos de nuestro héroe; pié inolvidable, que le sirvió de *pié* para levantar la consideracion á las más bellas suposiciones.

Despues de esto contempló su talle armonioso, la vió acercarse á un caballete, inclinarse sobre el pequeño lienzo que contenia, y estampar en éste un beso que Miguel no pudo oír sin estremecerse; y dando un salto con toda la gracia, con toda la ligereza de la juventud, semejante á una vision que se evapora, á un sueño que se disipa, á una sombra que se desvanece, desapareció detras de una puerta, que una vez cerrada se confundia con el tapiz de que estaban vestidas las paredes.

Miguel no se dió cuenta de sí mismo hasta despues de algunos minutos, y se encontró

encaramado sobre la estufa con la barba apoyada sobre el alféizar de la ventana, devorando con los ojos los objetos que adornaban el pabellon solitario, y respiró ó suspiró. No lo sé de cierto.

Su primer pensamiento se desató en esta serie de exclamaciones:

—¡Qué voz!..... ¡qué cabeza!..... ¡qué talle!..... ¡qué pié!.....

Luégo las reunió todas en una, exclamando:

—¡Qué mujer!.....

De la admiracion pasó á la interrogacion, y como si él supiera lo que deseaba averiguar, se preguntó á sí mismo:

—¿Qué vecina es ésta?

Por último, reflexionó de esta manera:

—Un suspiro..... algunas lágrimas..... y un beso..... Esto es toda una historia.

Y maquinalmente distraido en sus reflexiones, apoyó ambas manos sobre el alféizar de la ventana y se elevó hasta poner las rodillas donde ántes habia puesto las manos.

—Aquello es un retrato, dijo mirando al

caballete, y si no veo mal, es la cabeza de un hombre.

Pero en la posición en que se encontraba no podía verlo bien, porque el caballete no estaba de frente á la ventana á que se había subido y donde permanecía de rodillas.

De un salto ágil y silencioso se colocó en medio de la estancia, miró á su alrededor y se acercó al retrato..... mas apenas fijó en él los ojos, dió un paso atrás, se llevó las manos á la cabeza y estuvo á punto de caer de espaldas.

Estaba delante de su propio retrato..... era su misma cabeza saliendo de aquella corbata descolorida y de aquel gaban raído con que lo vimos la primera vez..... En él había estampado el beso aquella mujer encantadora..... aquella mujer desconocida..... aquella mujer misteriosa.

Pálido..... trémulo..... sin saber qué pensar, sin saber qué decir, sin saber qué hacer, sintió que las piernas se negaban á sostenerle, y se dejó caer sobre una butaca, exclamando:

—¡Ah!..... esto es un sueño ó yo me he vuelto loco.

CAPÍTULO VIII.

El Duque averigua que vale mucho más la maña que la fuerza.

En efecto, Javier tenía prisa, y mientras pronunciaba las últimas palabras que le hemos oído, oprimía la mano de Matusalem en señal de cariñosa é impaciente despedida. Éste continuó subiendo lentamente y pensando que el hermano de la Marquesa no era tan tonto como parecía, pues si fué preciso darle la idea con pelos y señales, puntos y comas, la idea no había caído en saco roto, correspondiendo á la agudeza del plan el éxito de la ejecución, y exclamaba para sus adentros: «Hé aquí un duque, del que, si yo fuera ministro, llegaría á hacer un buen agente de policía; no le sobra talento, pero no le falta mundo.»